

IN MEMORIAM
PABLO BELTRÁN DE HEREDIA

A Pablo Beltrán de Heredia (Guía, Gran Canaria, 1917-Santander, 2009) mi padre, Ricardo Gullón, le llamaba el señorito Pablo, pues incluso en Austin (Texas), donde la temperatura subía con facilidad a los cuarenta grados, él llegaba al Departamento Español de la Universidad de Texas engalanado con una buena americana de paño y una corbata de seda. Sólo en caso de excursión teníamos la oportunidad de ver a Pablo en camisa de manga corta, lo que provocaba las aleluyas de los amigos y su sonrisa benévola parapetada tras sus gafas ahumadas.

Quiero que estas palabras sean un recuerdo de Pablo desde esta ciudad texana, Austin, donde fue un hombre feliz, dinámico y libre. La tolerancia de aquel entorno universitario, bien distinto a las represiones sociales de la España franquista, le permitió ser él mismo por veinte años. Allí hizo excelentes amigos, como don Luis Arocena, el profesor de filosofía argentino, el distinguido hispanoamericanista Allen W. Phillips, el director del departamento, el conocido galdosista Rodolfo Cardona, el arabista Vicente Cantarino y su mujer Beber, distinguida profesora de alemán, los profesores de literatura española Juan Temprano, Lee Fontanella, Lily Litvak, Miguel González Gerth, Douglas Rogers, José Sánchez y Elizabeth Doremus-Sánchez, entre los fijos, y otros muchos que pasaron la capital de Texas, como Octavio Paz o Dionisio Ridruejo. A todos ellos Pablo los entretenía con su inagotable repertorio de historias, que contaba con

auténtico lujo de detalles. Era un gran historiador de la vida cotidiana, además de un sabio conocedor de la Historia.

Mis primeras imágenes de Pablo datan de los años cincuenta, de cuando acudía a nuestra casa en el Paseo de Pereda, 22, de Santander. Le recuerdo como el hombre charlatán que era, sentado en una butaca del despacho de mi padre de tertulia con los amigos, seguramente planeando alguna actividad de la Escuela de Altamira. Cuando Pablo quería decir algo comenzaba a tirar de la raya de la boca derecha del pantalón y movía un poco la cabeza de lado. No, no, pero... El tic de cogerse la raya del pantalón y esta manera de entrar en conversación, de persona ansiosa de compartir sus ideas, lo conservaría toda su vida. Por entonces, Pablo infundía a este obligado testigo de las tertulias mucho respeto, porque era profesor de Historia de mi hermana Soledad en el Instituto de Santa Clara, pero me parecía el más entretenido de ellos.

Cuando yo llegué a Austin en 1969 para seguir los estudios del doctorado, Pablo ya llevaba allí tres años. Vivía en el mismo complejo de apartamentos que mi padre, quien le había invitado a sumarse a la extraordinaria facultad de Español, donde figuraban grandes profesores como el especialista inglés del siglo de oro, Alexander Parker o el mencionado Allen Phillips. Se había ganado ya la amistad del profesorado, y dirigía el teatro del departamento, que cada año ponía en escena alguna pieza. Retomaba así actividades que había desarrollado antes en Santander. Los ensayos y la representación duraban todo un semestre de dedicación completa, en la que conseguía que los alumnos representaran más que dignamente clásicos de la dramaturgia española, como *El caballero de Olmedo*, y que en el mientras tanto aprendieran español. A Pablo le encantaba tratar con los jóvenes, y en especial con los muchachos de origen hispano.

Los celtibéricos nunca hemos destacado en el aprendizaje de idiomas extranjeros. Pablo constituía un ejemplo clásico; enseguida se rindió a la evidencia. Su habilidad para la lengua de Shakespeare resultaba perversamente escasa, porque el ansia de comunicar, de expresarse, era tan enorme, que el aprendizaje del idioma suponía amordazar su lengua castiza, y pedir eso a Pablo era demasiado pedir. Dado que en Austin la vida social resultaba muy activa entre los miembros del departamento de Español, gracias a la permanente iniciativa de mi padre, del profesor Arocena y de otros, no había fin de semana sin cena o excursión. Pablo, que ni conducía ni hablaba, era un fijo. Recuerdo ir de chofer de un impresionante Oldsmobil de Arocena a la ópera de Houston, unas tres horas en coche. Al automóvil Pablo le había bautizado el *living room*, por lo enorme que era por dentro. Delante íbamos sentados José Sánchez y el profesor Arocena, detrás mi

padre, la mujer de Arocena, Elizabeth Sánchez y Pablo. Don Luis, que había huido de Argentina cuando echaron a Frondizi, abandonando su puesto de catedrático de filosofía en la Universidad de Buenos Aires, tomaba siempre la palabra, y contaba anécdotas de Borges, de Cortázar, de gentes de la revista *Sur*, y terminaba sus frases, con un ¿no es cierto? Pablo nunca contestaba, pues en cuanto veía la ocasión, que esperaba callado, parapetado tras sus gafas ahumadas, con cara inexpresiva, tirándose de la boca del derecha del pantalón, llevaba la conversación a su territorio: la política de nuestra querida España. Mi padre le mantenía a raya, y cuando el monarquismo de Pablo asomaba, que aparecía por fas o por nefas, Arocena y mi padre le cortaban, recordándole su disensión política. Mi padre le solía atajar diciéndole, pero Pablo no metas camamas, que yo iba a buscar a Luisa, hijo me decía a mí, tu madre, con un diablo rojo en la solapa. En cuando se acallaban las risas, Pablo contaba otra anécdota.

Cuando en el año 1970 llegó Dionisio Ridruejo de profesor a Austin, fue a vivir también a un apartamento de la calle Brazos, 19, hoy desaparecido, al lado del de Pablo, encima del mío, que, a su vez, estaba junto al de mis padres. Los españoles gozaban de un cierto estatus en Brazos 19 porque no hablaban más que en su idioma nativo y en un timbre alto, si bien, a diferencia de otros inquilinos, pagaban el alquiler a tiempo. El portero del edificio en ocasiones pasaba por los pisos a comunicar algún asunto, por ejemplo, que cerráramos las bicicletas con candado, que había robos por el área. Recuerdo que Pablo me dijo un día, oye, vino el portero y me murmuró algo sobre ventanas; yo es que a los hombres de color les entiendo mal, añadió. Yo le respondí que también había venido a mi apartamento a decir algo sobre las bicicletas, ya, me contesto Pablo, sí a mí también. ¿Qué te dijo a ti?, lo que indicaba la precariedad de sus entendederas. Peor fue claro lo de mi primo Javier Martínez Palacio, que en una ocasión vino el portero a decirle que evacuara el apartamento, que había fuego en el edificio, y le decía: ¡Fire!, ¡Fire!, y mi primo hombre muy educado y cortés, pero que no entendía inglés, le respondía: ¡Thank you! ¡Thank you!

La llegada de Dionisio disparó el número de reuniones y cenas. El edificio de Brazos se convirtió en una especie de colegio mayor para talludos, donde todas las noches había tertulia hasta altas horas de la madrugada. Pablo siempre tenía helado en la nevera para estas ocasiones. Recuerden que todavía vivía Franco, y los españoles que vivíamos en el extranjero estábamos ansiosos de noticias frescas y, a cambio, contábamos a los recién venidos retazos de historias de exiliados. Oídos, entre otros a don Francisco Ayala, a Stephen Gilman sobre su suegro Jorge Guillén, y así. Ridruejo era un hombre extraordinario, en las cenas, y sin necesidad de

hacerse rogar le gustaba realizar retratos psicológicos orales de los presentes. Eran tan certeros que daba escalofríos. Tenía mil y una historias, y Pablo, mi padre y yo, estábamos siempre deseosos de escuchar sobre cualquier episodio de su vida. Por entonces Pablo trabajaba en un libro sobre José María Gil Robles, y contaba cosas sobre la vida de este ilustre político, y Dionisio de la suya.

Cuando Ridruejo se enteró que yo tomaba clases de inglés, él quiso inmediatamente apuntarse, y así pasamos un año sumamente curioso. Los días de clase Pablo rondaba por los pasillos del departamento de Español, para acompañarnos hasta la puerta de la clase. Su charla incesante nos dejaba totalmente castellanizados, y la primera mitad de la clase la dedicábamos a quitarnos esa piel celtibérica de la boca. Bueno, Dionisio resultaba genial; cuando el profesor le preguntaba algo, él respondía, y a veces le salía del alma en un italiano perfecto. Al poco se había ganado el afecto de todos los estudiantes, y aprendió unas mijajas de inglés. Claro que no le hacían mucha falta, porque al salir de clase, Pablo nos esperaba inquieto para ir a almorzar a los griegos, que así llamaba Pablo al Chicken Delight. Pablo y Arocena bautizaban todos los restaurantes y comercios con un nombre sacado de su cosecha. Un día en el apartamento de mi padre se armó una buena, porque Pablo le dijo a Dionisio que para un año no le valía la pena estudiar inglés, y mi padre lo tomó a mal.

Pablo era extraordinario también como colega intelectual. Si le mencionabas que estabas trabajando en el tema X, podías contar con que en las semanas siguientes te indicaría un periódico, te ofrecería una fotocopia, un libro, donde el tema de marras venía tratado. Pablo, por supuesto, ya había estudiado el asunto y te daba su opinión. Su generosidad intelectual era fuera de lo común. Si un profesor le decía que quería publicar un libro, Pablo en sus viajes a España arreglaba la tal publicación del volumen, y no le importaba marear a quien hiciera falta, como a su buen amigo Jesús Aguirre, entonces editor de Taurus. A Pablo era difícil decirle que no, porque nunca te daba la oportunidad.

Era además un hombre discreto. Sabía guardar un secreto. Nunca era pródigo en alabanzas. Recuerdo que cuando le pasaba algún artículo mío para corregir, me lo devolvía diciendo, yo puntúo mucho, si quieres puedes dejarlo más suelto, como a ti te gusta, pero no es correcto. Cuando tenía entre manos un trabajo de investigación, como uno suyo muy citado que dedicó a la muerte de Galdós, sólo lo mencionaba, para darnos el sorpresón de que era imposible saber más del tema que lo que su artículo presentaba.

A veces, Pablo se desaparecía, pasaba quince días, un mes, en que no le veías, pero siempre volvía, podías contar con ello. Viviendo yo ya en

Filadelfia, un día durante los años ochenta sonó el teléfono, cuando habían pasado al menos tres años desde el último contacto. Me habló como si nos hubiéramos visto el día anterior: «Germán, te llamo desde Santillana del Mar, necesito una copia del retrato de don Marcelino Menéndez Pelayo que hay en la Hispanic Society of America en Nueva York. ¿Conoces al director? Sí. Bueno, pues vas a verle, le dices que eres santanderino, le convences de que nos deje hacer una copia del retrato. Hay un sistema Kodak que sin tocar la tela reproduce el cuadro fotográficamente a la perfección. Tenemos a nuestra disposición 5000 dólares de Jesús Polanco, bueno de la Fundación Santillana. Es urgente. Llámame la semana que viene cuando hayas conseguido el permiso, y arreglamos el que vayan a hacer la copia». Contagiado de su seguridad conseguí el permiso y ese mismo verano en Santillana pude admirar la estupenda reproducción.

Lo malo es que ahora sabemos que la inesperada llamada jamás llegará.

GERMÁN GULLÓN
UNIVERSIDAD DE AMSTERDAM